



babel-17

samuel r. delany

Rydra Wong, la poetisa de la Alianza de los Pueblos Terrestres, debe descifrar el misterioso lenguaje Babel-17. La amenaza de los Invasores sólo puede ser detenida comprendiendo su lenguaje. Así comienzan las peripecias de Rydra, que junto al capitán Brass, Calli, Ron y Mollya Twa — la Navegante Uno que llegó de la muerte—, forman una extraña tripulación en busca de un enigma.

Una verdadera aventura del lenguaje, tanto en la trama como en lo literario, constituyendo un ensamble casi perfecto. *Babel-17* se encuentra entre las mejores obras de Samuel R. Delany, uno de los líderes de la New Wave de los años 60. Además es un homenaje a su esposa, la poetisa Marilyn Hacker, quien sin duda inspiró el personaje de Rydra Wong.

*Éste, ahora es
para Bob Folsom,
para explicar sólo
algo del pasado año.*

«No hay mejor reflejo de una civilización que su lengua. Si nuestro conocimiento del lenguaje —o la propia lengua— no es todavía perfecto, tampoco lo es la civilización».

MARIO PEI

PRIMERA PARTE

Rydra Wong

*... He aquí el eje de la ambigüedad.
Espectros eléctricos salpican la calle.
El equívoco anuda los ensombrecidos rasgos
de muchachos que no son muchachos; una curva de
sombra
marchita hasta la senilidad una boca llena
o la desbasta hasta una hoja de navaja,
vierte ácido sobre una mejilla de ámbar...
o se estrella en el arco pélvico
y hace manar un negro coágulo que exuda sobre un
pecho
disipado con un gesto o un relámpago de luz,
que hincha los labios y los salpica de sangre...
Dicen que la misma turba brota de las calles
y vuelve a sumergirse, como la madera a la deriva
que la marea trae a la costa y que la resaca devuelve,
sólo para volver a golpear la arena,
sólo para girar en remolino y ser llevada lejos.
Madera a la deriva; las estrechas ancas, los ojos líqui-
dos,
los hombros inclinados y el rudo molde de las manos,
los grises rostros de chacal que se arrodilla ante su
presa.
Los colores desaparecen al romper el día*

*cuando los vagabundos en los muelles del oeste se
cruzan
con jóvenes marineros que marchan por la calle hacia
su nave...*

De *Prism and Lens*, M. H.

I

Es una ciudad portuaria. Aquí las emanaciones herrumbran el cielo, pensó el general. Los gases industriales sonrojaban la tarde con naranjas, rosados, púrpuras con demasiado rojo. Al oeste, los transportes que ascendían y descendían, cargueros con destino a los centros estelares y a los satélites, laceraban las nubes. Además, es una ciudad espantosamente pobre, pensó el general al doblar la esquina, esquivando las pilas de basura amontonadas junto a la acera.

Desde la Invasión, seis embargos de varios meses de duración habían asfixiado a esta ciudad, cuyo corazón debía latir alimentado por el comercio interestelar para sobrevivir. Secuestrada, ¿cómo podía existir esta ciudad? En los últimos veinte años se lo había preguntado seis veces. ¿Respuesta? No podía hacerlo.

Pánico, disturbios, incendios, dos veces canibalismo...

El general paseó la mirada desde la silueta de las torres de carga —que se perfilaban detrás del desvencijado monorriel— hasta los vetustos edificios. Las calles eran más estrechas aquí, atestadas de obreros de transporte, cargadores, unos pocos oficiales estelares con sus uniformes verdes y una horda de pálidos y correctos hombres y mujeres que manejaban la intrincada red de operaciones aduaneras. Están tranquilos ahora, concentrados en sus hogares o sus trabajos, pensó el general. Sin embargo, toda esa gente había vivido veinte años bajo la Invasión. Se habían muerto de hambre durante los embargos, habían roto ventanas, saqueado, habían huido gritando ante las mangueras contra

incendio, habían desgarrado la carne del brazo de un cadáver con sus dientes descalcificados...

¿Quién es este hombre animal? Se hizo esta pregunta abstracta para obnubilar las líneas de la memoria. Era más fácil, siendo general, preguntarse acerca del «hombre animal» y no acerca de la mujer aquella que, durante el último embargo, se había sentado en mitad de la acera sosteniendo una pierna de su bebé esquelético, o acerca de las tres huesudas adolescentes que lo habían atacado con navajas en la calle (ella había siseado a través de sus dientes pardos, mientras la hoja de metal relucía al acercarse a su pecho: «¡Ven aquí, bistec! ¡Ven a buscarme, carne...!»). Él había utilizado karate), o acerca del hombre ciego que caminaba gritando por la avenida.

Hombres y mujeres pálidos y correctos ahora, que hablaban suavemente, que vacilaban antes de permitir que una expresión se marcara en sus rostros, con ideas pálidas y adecuadas: trabajar por la victoria sobre los Invasores; Alona Star y Rip Rhyak estaban grandiosos en «Vacaciones Estelares», pero Ronald Quar era el mejor actor serio del momento. Escuchaban música *Hi Lite* (escucharían, se preguntó el general, durante esos bailes lentos en los que nadie se tocaba). Un puesto en Aduana era un trabajo bueno y seguro; trabajar directamente en Transporte era probablemente más excitante y era trabajo divertido para ver en el cine, pero en la realidad la gente de Transporte era tan extraña...

Los que eran más inteligentes y sofisticados discutían la poesía de Rydra Wong.

A menudo hablaban de la Invasión, con algunos cientos de oraciones consagradas por veinte años de repetición en los noticieros y en los periódicos. Rara vez se referían a los embargos, salvo por esa palabra.

Tomemos uno de ellos, tomemos un millón. ¿Quiénes son? ¿Qué desean? ¿Qué dirían si se les diera la oportunidad de decir algo?

Rydra Wong se había convertido en la voz de esta época. El general recordó la elogiosa línea de una crítica hiperbólica. Paradójico: era un líder militar con una meta militar, y se encaminaba a una cita con Rydra Wong.

Se encendieron las lámparas de la calle y su imagen resplandeció súbitamente, reflejada en el bruñido cristal de la vidriera del bar. Está bien, no llevo puesto el uniforme ahora. Vio a un hombre alto y musculoso con la autoridad que medio siglo confería a su rostro arrugado. Se sentía incómodo enfundado en su traje gris de civil. Hasta los treinta años había impresionado a la gente como «grandote y torpe». Después —y el cambio había coincidido con la Invasión—, se había convertido en «imponente y autoritario».

Si Rydra Wong hubiera ido a verlo al Cuartel General Administrativo de la Alianza, se hubiera sentido seguro. Pero estaba de civil, no vestido con el verde de oficial estelar. El bar era nuevo para él. Y ella era la más famosa poeta de las cinco galaxias exploradas. Por primera vez en mucho tiempo volvió a sentirse torpe.

Entró.

Y susurró: «Dios mío, es bella, ni siquiera he tenido que buscarla entre las otras pocas mujeres. No sabía que era tan bella, ni en las fotos...».

Ella se volvió hacia él —al mismo tiempo que la imagen reflejada en el espejo que estaba detrás del mostrador lo veía, y se volvía también—, se puso de pie y sonrió.

Él se adelantó, tomó su mano, con las palabras «Buenas noches, señorita Wong» en la punta de la lengua hasta que se las tragó, impronunciadas. Y ahora ella estaba a punto de hablar.

Usaba lápiz de labios color cobre, y las pupilas de sus ojos eran bruñidos discos de cobre.

—Babel-17 —dijo—. Aún no lo he resuelto, general Forrester.

Un vestido tejido de color índigo, y su pelo como una apretada lluvia nocturna cayendo sobre un hombro.

—En realidad, eso no nos sorprende, señorita Wong —dijo él.

Sorpresa, pensó. Ella posa las manos en la barra, se reclina en su banco, sus caderas ondulan bajo el vestido azul y con cada movimiento me quedo atónito, sorprendido, perplejo. ¿Es que yo tengo tan bajas las defensas, o es que ella es verdaderamente tan...?

—Pero he ido más lejos de lo que han podido lograr los del departamento Militar... —la suave línea de su boca se arqueó con una sonrisa suave.

—Por lo que he oído decir de usted, señorita Wong, tampoco eso me sorprende.

¿Quién es ella?, pensó. Se había preguntado abstractamente acerca de la población. Se había preguntado acerca de su imagen reflejada. Y ahora se preguntaba acerca de ella, pensando: «No importa nadie más, pero debo saber acerca de ella. Es importante. Debo saber».

—En primer lugar, general —estaba diciendo ella—, Babel-17 no es un código.

La mente de él regresó vertiginosamente al tema, y llegó bamboleante.

—¿No es un código? Pero yo creí que al menos Criptografía había establecido que...

Se detuvo, porque no estaba demasiado seguro de lo que Criptografía había establecido, y porque necesitaba un momento más para desprenderse de los bordes de los altos pómulos de ella, para retirarse de las cavernas de sus ojos. Tensando los músculos del rostro, encaminó sus pensamientos hacia Babel-17. La Invasión: Babel-17 podía ser la clave para terminar con ese flagelo de veinte años.

—¿Quiere decir que hemos estado tratando de descifrar un montón de tonterías?

—No es un código —repitió ella—. Es un lenguaje.

El general frunció el ceño.

—Bien, se lo llame como se lo llame, código o lenguaje, todavía hemos de averiguar qué es lo que dice. Mientras

no lo comprendamos, estamos infernalmente lejos de donde debemos estar.

El agotamiento y la presión de los últimos meses se alojaban en su estómago, como una bestia secreta dispuesta a golpear su lengua, haciendo más ásperas las palabras.

Ella ya no sonreía, y tenía las dos manos sobre el mostrador. Él deseó retractarse por su aspereza.

—Usted no está vinculado directamente al Departamento de Criptografía —dijo ella, con voz calma y pareja. Él sacudió negativamente la cabeza—. Entonces deje que le explique algo. Básicamente, general Forester, hay dos tipos de códigos. En el primer tipo, las letras o los símbolos que hacen de letras son desplazados y acomodados de acuerdo con una estructura particular. En el segundo, las letras, palabras o grupos de palabras son reemplazados por otras letras, símbolos o palabras. Un código puede ser de uno u otro tipo, o una combinación de ambos. Pero todos tienen esto en común: una vez que se descubre la clave, sólo hay que aplicarla y aparecen las oraciones lógicas. Un lenguaje, en cambio, tiene su propia lógica interna, su propia gramática, su propio modo de expresar ideas por medio de palabras que cubren varios espectros de sentido. No existe la clave que se pueda aplicar para descubrir el sentido exacto. En el mejor de los casos se puede lograr una aproximación.

—¿Está tratando de decirme que Babel-17 se decodifica en algún otro lenguaje?

—En absoluto. Eso fue lo primero que comprobé. Podemos hacer una exploración de probabilidades de varios elementos y ver si son congruentes con las estructuras de otros lenguajes, aun cuando estos elementos estén en otro orden. No, Babel-17 es un lenguaje en sí mismo, un lenguaje que no comprendemos.

—Creo —dijo el general Forester intentando sonreír— que lo que está tratando de decirme es que, como no es

un código sino un lenguaje desconocido, lo mejor que podríamos hacer es abandonar.

Si esto era la derrota, recibirla de ella era casi un alivio. Pero ella sacudió la cabeza.

—Mucho me temo que eso no es en absoluto lo que estoy tratando de decirle. Se han descifrado lenguajes desconocidos sin traducirlos. Linear B y el hitita, por ejemplo. Pero si debo llegar más lejos con Babel-17, tengo que saber muchas más cosas.

El general arqueó las cejas.

—¿Qué más necesita saber? Le hemos dado todas las muestras. Cuando consignamos más, por cierto que...

—General, tengo que saber todo lo que usted sabe acerca de Babel-17: dónde lo escuchó, cuándo, en qué circunstancias, cualquier cosa que me pueda dar un indicio acerca del tema.

—Le hemos dado toda la información que hemos...

—Me han dado diez páginas mecanografiadas a doble espacio con un texto salpicado y bautizado con el nombre codificado de Babel-17, y me han preguntado qué quiere decir. Con eso solamente no puedo decírselo. Si me dan más, tal vez podría. Es así de simple.

Él pensó: «Si fuera así de simple, si fuera tan sólo así de simple, jamás te hubiéramos llamado, Rydra Wong».

—Si fuera así de simple —dijo ella—, si fuera tan sólo así de simple, jamás me hubieran llamado, general Forester.

Él se sobresaltó, durante un momento absurdamente convencido de que ella había leído sus pensamientos. Pero, por supuesto, eso era algo que ella sabía, ¿verdad?

—General Forester, ¿su Departamento de Criptografía ya había descubierto que se trataba de un lenguaje?

—Si lo habían hecho, no me lo dijeron.

—Estoy casi segura de que no lo saben. He logrado hacer algunas aperturas estructurales en la gramática. ¿Han hecho algo de eso?

—No.

—General, a pesar de que saben muchísimas cosas acerca de códigos, no saben nada de la naturaleza del lenguaje. Esa clase de especialización estúpida es el motivo por el cual no he trabajado con ellos durante los últimos seis años.

¿Quién es ella?, volvió a pensar él. Esa mañana le habían entregado un legajo de seguridad, pero él se lo había pasado a su ayudante, y más tarde había notado que le habían puesto el sello de «Aprobado». Se escuchó decir:

—Tal vez si usted me contara más acerca de sí misma, señorita Wong, yo podría hablar con más libertad.

Ilógico, y sin embargo él se había expresado mesuradamente, con calma y seguridad. ¿Y no lo miraba ella con expresión burlona?

—¿Qué quiere saber?

—Lo que ya sé es esto: su nombre, y que un tiempo atrás trabajó para Criptografía Militar. Sé que aunque usted se fue siendo muy joven, su reputación era tan importante que, seis años después, la gente que la recordaba dijo unánimemente, tras haber luchado durante un mes con Babel-17: «Envíenselo a Rydra Wong»... —el general hizo una pausa—. Y usted me dice que ha llegado a alguna conclusión. Así que ellos tenían razón.

—Tomemos algo —dijo ella.

El camarero se deslizó hacia ellos y luego se alejó, dejando dos copas de color verde humo. Ella sorbió un poco, observándolo. Sus ojos, pensó él, eran sesgados como alas atónitas.

—No soy de la Tierra —dijo ella—. Mi padre era ingeniero de Comunicaciones en el Centro Estelar X-II-8, más allá de Urano. Mi madre era traductora de la Corte de los Mundos Exteriores. Hasta que cumplí los siete años fui la mascota del Centro Estelar. Nos mudamos a Urano XXVII en el 52. Cuando cumplí doce años sabía siete lenguajes terrestres, y me podía hacer entender en cinco idiomas ex-

traterrestres. Aprendí lenguas como otros niños aprenden las melodías de las canciones populares. Perdí a mis padres durante el segundo embargo.

—¿Estaba en Urano durante el embargo?

—¿Usted sabe lo que sucedió?

—Sé que los Planetas Terrestres resultaron mucho más castigados que los Interiores.

—No lo sabe. Pero sí, así fue... —contuvo el aliento cuando la sorprendieron los recuerdos—. Sin embargo, una sola copa no basta para hacerme hablar de eso. Cuando salí del hospital existía la posibilidad de una secuela de daño cerebral.

—¿Daño cerebral...?

—Ya conoce usted la malnutrición. Agréguele la plaga neurociática.

—Conozco la plaga, también.

—De todos modos, vine a la Tierra a vivir con un tío y una tía, y a recibir neuroterapia. Sólo que no la necesitaba. Y no sé si fue psicológico o fisiológico, pero salí del asunto con rememoración verbal absoluta. Toda mi vida había estado al borde de eso, así que no resultó nada raro. Pero también tenía perfecta entonación.

—¿Habitualmente eso no está acompañado de cálculo relámpago y memoria eidética? Me doy cuenta de la enorme utilidad que eso tendría para un criptógrafo.

—Soy un buen matemático, pero no un calculador relámpago. Tengo un alto puntaje en concepción visual y en relaciones espaciales; sueño en tecnicolor y todo eso... pero la rememoración absoluta es estrictamente verbal. Ya había empezado a escribir. Durante ese verano me empleé como traductora del gobierno y empecé a dedicarme a los códigos. Al poco tiempo descubrí que tenía ciertas dotes...

»No soy buen criptógrafo. No tengo la paciencia necesaria para trabajar fuerte sobre algo escrito, si es que no lo he escrito yo. Neurótica como el demonio: por eso abandoné para dedicarme a la poesía. Pero mi «don» era un po-

co atemorizador. De algún modo, cuando tenía mucho trabajo y de veras quería estar en alguna otra parte y tenía miedo de que mi supervisor empezara a fastidiarme, de repente me venía a la memoria todo lo que sabía acerca de comunicaciones, y me resultaba más sencillo leer lo que estaba frente a mí y decir lo que decía que sentirme tan asustada y cansada y desdichada.

Eché un vistazo a su copa.

—Eventualmente el don se ubicó en un sitio donde casi podía controlarlo. Para entonces ya tenía diecinueve años, y me había ganado la reputación de ser la chica que podía descifrar cualquier cosa. Creo que lo que posibilitaba que lo hiciera era algo que sabía acerca del lenguaje, ya que era particularmente apta para reconocer estructuras... algo así como distinguir el orden gramatical del orden arbitrario, por pura intuición, que es lo que me sucedió con Babel-17.

—¿Y por qué abandonó?

—Ya le he dado dos razones. La tercera es que cuando llegué a manejar el don, quise usarlo para mis propios propósitos. A los diecinueve, dejé el Departamento Militar y... bien, me casé, y empecé a escribir en serio. Tres años más tarde apareció mi primer libro —se encogió de hombros, sonrió—. Para cualquier cosa acerca de lo que me sucedió más tarde, lea los poemas. Está todo allí.

—Y ahora, en los mundos de cinco galaxias, la gente explora sus imágenes y sus significados en busca de respuestas para los acertijos de la grandeza, el amor y la soledad... —estas tres palabras se colaron en su frase como vagabundos en un vagón de ferrocarril. Ella estaba ante él, y era grande; aquí, separado de todo lo militar, se sintió desesperadamente ena... ¡No! Eso era imposible y ridículo, y demasiado simple para explicar lo que se agitaba y latía detrás de sus ojos, dentro de sus manos.

—¿Otra copa?

Defensa automática. Pero ella la tomaría por cortesía automática. ¿O no? El barman se acercó, se alejó.